

Bl

OTAC



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

PQ 2207
.GG
D468

*Es propiedad.
Queda hecho el depó-
sito que marca la ley.*

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.:

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

MADRID, 1887.—EST. TIP. «SUCESORES DE RIVADENEYRA»,
Paseo de San Vicente, núm. 20.

PRIMERA PARTE.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

I.

Era el anochecer de un hermoso día de in-
vierno.

Dos hombres miraban hacia París desde un alto
balcón de la avenida Trudaine, y distinguían aún,
á través de la incierta luz del crepúsculo, la gran
ciudad casi envuelta en la sombra.

París en el domingo aquel de Mayo había te-
nido elecciones populares, y el nombre del más jo-
ven de aquellos estaba empeñado en la lucha de
los comicios.

Era un nombre querido, ilustre dos veces, lle-
vado antes por un personaje de gloriosa fama, y á
la sazón por Miguel Berthier, el orador de vibrante
palabra, el heraldo de la libertad, el hombre de
las grandes esperanzas.

Habitaba Miguel Berthier en una de las casas

de la Avenida, un cuarto cuyas ventanas se abrían como anhelantes pupilas sobre el París que dominaban; y cuando él se ponía de codos sobre la barandilla de hierro, contemplaba á sus pies, como la poesía de un jardín, la doble hilera verde y salpicada de blanco de los árboles en flor.

Allí era donde á menudo se asomaba con la vista fija en el agrupamiento de casas lejanas, en chimeneas que se destacaban cual fantástico encaje, en torres y campanarios que resaltaban á través de opaca bruma, de la atmósfera caliginosa que es como el aliento de la gran ciudad.

Veía también desde allí las puestas del sol, fulgores resplandecientes en lontananza, que se asemejaban, para Miguel, á fantásticas iluminaciones, apoteosis de sus propios ensueños.

¡Qué ensueño, efectivamente, dominar la inmensa ciudad, llenarla de su voz y de su nombre! ¡Qué gloria, dirigirla su palabra siempre escuchada, mostrarla su destino, marchar á su cabeza hacia un porvenir más libre y más bello! ¡Qué de veces, allí sentado ó apoyado en el alféizar, había oído el roce de olas de las ambiciosas quimeras que al pasar por su imaginación le golpeaban en la frente!

Y solía decir, intentando simular una sonrisa:

—¡Oh! en este sitio y contemplando ese inmenso París, mi cabeza da vueltas, se desvanece.

Y volvía al mismo sitio, no obstante, y quedábase en él largas horas, soñando siempre.

Era en aquella tarde de Mayo cuando su nombre se leía en las esquinas en grandes carteles y al pié de sesudas profesiones de fe; cuando su nombre resonaba en todas las salas de votación y palpitaba en todos los labios.

Y allí estaba él todavía, en pie, esforzándose por aparecer tranquilo, y su mano, abrasada por la fiebre, se agarraba á la barandilla que le producía sensación de placer con el frío del hierro.

Miraba á lo lejos, gozando en observaciones: la noche devoraba lentamente el crepúsculo en las callejuelas angostas, ya alumbradas por el débil resplandor de algunos faroles; y mientras el otro hombre de más edad que él considerábale con cierta expresión de curiosidad y benevolencia, Miguel Berthier permanecía silencioso, como si de aquel confuso agrupamiento de casas hubiera de salir su sentencia de vida ó de muerte.

—*To be or not to be*--exclamó riendo el hombre que, de pié en el balcón, estaba al lado de Miguel Berthier.

—A fe mía tenéis razón—dijo el candidato;—

de la Avenida, un cuarto cuyas ventanas se abrían como anhelantes pupilas sobre el París que dominaban; y cuando él se ponía de codos sobre la barandilla de hierro, contemplaba á sus pies, como la poesía de un jardín, la doble hilera verde y salpicada de blanco de los árboles en flor.

Allí era donde á menudo se asomaba con la vista fija en el agrupamiento de casas lejanas, en chimeneas que se destacaban cual fantástico encaje, en torres y campanarios que resaltaban á través de opaca bruma, de la atmósfera caliginosa que es como el aliento de la gran ciudad.

Veía también desde allí las puestas del sol, fulgores resplandecientes en lontananza, que se asemejaban, para Miguel, á fantásticas iluminaciones, apoteosis de sus propios ensueños.

¡Qué ensueño, efectivamente, dominar la inmensa ciudad, llenarla de su voz y de su nombre! ¡Qué gloria, dirigirla su palabra siempre escuchada, mostrarla su destino, marchar á su cabeza hacia un porvenir más libre y más bello! ¡Qué de veces, allí sentado ó apoyado en el alféizar, había oído el roce de olas de las ambiciosas quimeras que al pasar por su imaginación le golpeaban en la frente!

Y solía decir, intentando simular una sonrisa:

—¡Oh! en este sitio y contemplando ese inmenso París, mi cabeza da vueltas, se desvanece.

Y volvía al mismo sitio, no obstante, y quedábase en él largas horas, soñando siempre.

Era en aquella tarde de Mayo cuando su nombre se leía en las esquinas en grandes carteles y al pié de sesudas profesiones de fe; cuando su nombre resonaba en todas las salas de votación y palpitaba en todos los labios.

Y allí estaba él todavía, en pie, esforzándose por aparecer tranquilo, y su mano, abrasada por la fiebre, se agarraba á la barandilla que le producía sensación de placer con el frío del hierro.

Miraba á lo lejos, gozando en observaciones: la noche devoraba lentamente el crepúsculo en las callejuelas angostas, ya alumbradas por el débil resplandor de algunos faroles; y mientras el otro hombre de más edad que él considerábale con cierta expresión de curiosidad y benevolencia, Miguel Berthier permanecía silencioso, como si de aquel confuso agrupamiento de casas hubiera de salir su sentencia de vida ó de muerte.

—*To be or not to be*--exclamó riendo el hombre que, de pié en el balcón, estaba al lado de Miguel Berthier.

—A fe mía tenéis razón—dijo el candidato;—

y en verdad que yo ignoraba que esa elección pudiese evocar pensamientos shakespearianos.... Y sin embargo, es cierto; sí, todos los recuerdos á la vez, todos.... Y si yo no fuese elegido, quedaría vivamente contrariado, no por mí....

—¿Por aquel cuyo nombre lleváis?—preguntó el amigo.

Miguel Berthier no contestó.

—Pues bien, sí,—continuó aquél.—¡Este día de Mayo es su revancha! ¡Pobre viejo Vicente! ¡Hombre honrado á carta cabal! Yo quisiera verle tan cerca de mí como vos, Miguel, lo estáis ahora. ¡Qué feliz sería!

—¿Lo creéis así?

—¡Bah! estoy seguro de que vos seréis elegido; ¿qué digo? estáis ya nombrado á la hora presente, y el primer campanillazo que resuene en la puerta será sólo para anunciároslo. Vamos, querido hijo, si queréis que en recuerdo de la antigua amistad que Vicente Berthier me profesaba os dé siempre ese nombre....

—Decid mejor ese título, señor Menard —dijo el candidato.

—¡Oh buen Miguel!—exclamó el llamado Menard.—Ha llegado ya la hora de que os mostréis digno del cargo que os han confiado millares de

sufragios de vuestros conciudadanos. Cuando se lleva un nombre como el vuestro, y se tiene talento y corazón esforzado, es necesario añadir nuevos timbres á la herencia de honor que se ha recibido. Pídoos perdón por usar este severo tono de predicador, que no me incumbe ciertamente; pero ya que vos me habéis hablado de recuerdos, todo nuestro pasado de quince años se me ha venido á la memoria. Sí: me acuerdo de aquella noche de Diciembre en la que, en compañía de algunos bravos camaradas fieles á su palabra, organizábamos con vuestro padre la resistencia legal en el Carré Saint-Martin; y entonces fué cuando Vicente, resuelto á perecer, me llamó aparte en un rincón de la barricada y me dijo: «Tú, Pedro, eres un muchacho, y la vida de destierro que nos espera si somos derrotados, como lo seremos, no es de las que seducen á una mujer, y probablemente no podrás casarte. Pues bien; prométeme que si caigo en la calle hoy ó mañana, servirás de padre á mi hijo, huérfano de madre, y que no tiene en el mundo á nadie más que á mí. Él, con sus catorce años, si estuviese fuera de su colegio, sería bastante loco ó bastante bravo para venir á pelear con nosotros.... ¡querido hijo mío!... pero su misión futura ha de ser más penosa que nuestro de-

ber presente; los tiempos venideros habrán de ser el reinado de la calumnia y la mentira, y es menester que Miguel conozca exactamente lo que nosotros queríamos y buscábamos, y repetírselo diariamente.» Y diciendo esto, el buen hombre miraba al resplandor de una mecha dos miniaturas que llevaba consigo (toda su fortuna, con algunos escudos en el bolsillo) y que eran retratos de vuestra madre y de vos, querido niño. ¡Ah! en el crítico momento de comenzarse la lucha, en la que probablemente habríamos de dejar la vida, yo le ví que besaba con transporte aquellos dos retratos. Esto no era debilidad, porque Vicente Berthier no sentía ninguna: era que él daba entonces sus postreros pensamientos á la mujer que le había hecho feliz y al hijo en quien fundaba sus esperanzas. Pero no nos batimos; la resistencia era inútil, porque el pueblo, debo confesarlo, se había mostrado indiferente..... «Seremos mártires cuando fuere necesario — gritó uno de los nuestros — pero no seamos ahora víctimas engañadas.» Y después de haber llamado á la brutal muerte con algunos disparos, partimos para la emigración, esa muerte de todos los días; esa muerte por amarguras, por desesperación, por la duda algunas veces, por la miseria otras, por el fastidio siempre. Aho-

ra, Miguel, que os hablo cuando vuestro nombre sale vencedor en el escrutinio, vuelvo á ver, como si estuviera delante de mis ojos, aquella escena de la lúgubre noche de Diciembre; paréceme ver á vuestro padre, la rojiza antorcha, los dos retratos, la silueta horrible de la barricada, el ataque inminente..... Sí, todo lo veo, todo está ahí: oigo á Vicente Berthier que me dice con su acento lemosín, con aquel acento que daba cierta expresión de sarcasmo á su heroísmo: «¡Eh! ¡tú! ¡Pedro Menard! valen más veinte mil papeletas de votos que veinte mil balas disparadas contra inconscientes soldados.»

—¡Veinte mil votos!—exclamó Miguel con sonrisa forzada.—¡Veinte mil!

—O pocos menos.....—respondió Pedro Menard, un poco sorprendido de que sólo esa cifra, entre todas las frases de su relación, hubiese impresionado al joven.

La emoción del recuerdo paternal era menos poderosa en el ánimo de Miguel Berthier que su ansiedad por las elecciones actuales: el hijo desaparecía ante el candidato.

Pedro Menard, diputado antiguo, habituado á la fiebre de lo desconocido, sentía perfectamente las angustias propias del hombre cuyo destino

está en manos del acaso, y no le duró mucho la sorpresa que había experimentado al conocer la única dirección que tomaban las ideas de Miguel; así es que cuando electores suyos le anunciaban que su nombre estaba el primero en la lista del departamento de Doubs, olvidábase de su propia personalidad para no ver en sí mismo sino el representante, el eco de aquellos que le decían:— ¡Anda!

Pero no era esto lo que sentía Miguel Berthier: la idea de la confianza que en él depositaban sus electores era menos fuerte en su ánimo que la alegría ocasionada por el pensamiento de que el porvenir se abriría delante de él, un porvenir inmenso y adecuado á sus justos deseos; quizá soñaba en lo útil y lo bueno, en la libertad reconquistada, en la dicha del pueblo; pero todas estas cosas las consideraba como sujetas á la cifra de su votación: quería conquistarlas él solo, para dárselas despues á todo el mundo.

Llevaría, además, á la lucha electoral toda su energía, su ardor juvenil, porque era en verdad un hombre entusiasta el que se presentaba enfrente de la autoridad moral y la influencia comercial de su contrincante M. Bret-Lechesne, candidato de los imperialistas.

Miguel Berthier pasaba ya de los treinta años, aunque su vida de íntimas luchas, de trabajo, de fiebre diaria no le había marcado la frente con arrugas profundas: pareceríase todavía á un joven si la expresión de su mirada, unas veces soñadora y otras duramente severa, no diese á su rostro alguna seriedad, y también algo de turbación.

Era alto, y sus movimientos denotaban gallardía y virilidad: sus cabellos, de un rubio intenso, le caían por detrás de la cabeza; sus patillas espesas y ensortijadas, se alargaban hasta cerca de la barba, y sus labios apretados, irónicos, asemejábanse á un arco tirante; sus ojos de azul claro eran inquietos, húmedos, brillantes, que interrogaban y escudriñaban; su expresión era á la par movible y resuelta, vacilante y voluntaria; todo, en suma, contribuía á dar á aquel rostro pálido una marca especial de nerviosa audacia y movilidad extraña.

A primera vista se adivinaba en Miguel Berthier una naturaleza privilegiada, activa, distinguida; interesábale todo al mismo tiempo, el arte, el teatro, la política, la literatura, y hubiese querido abarcarlo todo á la vez, seguir todos los derroteros, lanzarse atrevidamente á todas las aventuras; era uno de esos hijos del siglo menos equilibrado de la historia, uno de esos impacientes que interrogan

con su inquieta pupila á todos los horizontes y sufren escalofríos hasta en los huesos por tener que sujetarse á un solo porvenir.

Docto, laborioso, desflorando mejor que analizando todos los asuntos, había publicado con su nombre, y también bajo seudónimo, diversos estudios políticos y de crítica artística; y aun había dado á la imprenta una colección de poesías, pecado de juventud que le obligó á buscar y destruir uno por uno todos los ejemplares de su libro cuando llegó á tener la gravedad y arrogancia de hombre serio é importante.

Aquel tribuno aplaudido era, en resumen, un literato contrariado, y si bien se le examinaba, descubríase que estaba hecho, no con la madera sólida que se emplea en la construcción de buques destinados á luchar contra recias tempestades, sino con la madera blanda y flexible que manos hábiles transforman á veces en lindos objetos de arte.

Sabía Miguel Berthier disimular estas cualidades y estas desventajas con una apariencia de virilidad indomable, y era demasiado previsor para no haber conocido prontamente que la virtud que se impone con más facilidad á la tornadiza y ligera nación francesa es precisamente la que falta á la muchedumbre: la austeridad.

Y ya por cálculo, ya por cansancio y abandono, por disgusto precoz de la vida fácil, del vacío que dejan en el alma las alegrías y los placeres, alardeaba de puritanismo altivo, y sufría en silencio, cuando su sangre se rebelaba, una corriente de lava en sus venas.

Caído, sin fortuna casi, en pleno París, no teniendo en sus postreros años de colegio (su padre vivía fuera de Francia) sino un *corresponsal* en la gran ciudad, viejo escultor, amigo de David de Angers, que le sacaba del establecimiento algunas tardes, llegó á sus diez y ocho años sin haber conocido en realidad ningún placer, ninguna ventura.

Miguel, cuando supo que su padre había fallecido en tierra extranjera, continuó sin interrupción sus estudios: él solo había adquirido la instrucción sólida y fuerte que completa la de las Universidades; él solo habíase preparado á severos exámenes, sostenido sus tesis, conquistado sus grados en el foro; y él solo también, economizando sus pobres recursos, había hecho largos viajes por Europa, estudiando al mismo tiempo la vida moderna de los pueblos y el testamento de lo pasado: el arte que perpetúa *el ayer*, y la política que prepara *el mañana*.

Y luego, con ademán resuelto, lanzándose en todos los movimientos que revelaban entre la juventud oprimida por el Gobierno imperialista la necesidad de un despertar enérgico de la libertad, habiase preparado á la vida política en las conferencias de Academias de legislación y en las reuniones electorales, hasta el día en que le puso en evidencia un famosísimo proceso, la defensa de un libro incomparable, prohibido y secuestrado por abordar de frente el problema de la justicia en asuntos de religión y de política.

Y no había esperado mucho tiempo á llegar á la popularidad, porque su nombre era popular entre las muchedumbres hacía ya larga fecha; y las conferencias públicas, siempre literarias, porque al principio no estaba permitido tratar de asuntos políticos y de economía social, aseguraron definitivamente á Miguel Berthier gran autoridad sobre el espíritu de las masas.

Había hablado de sacrificios hablando de Corneille; había hecho palpitar los buenos instintos del pueblo recordando el heroísmo de las tragedias clásicas, y las galerías y la bóveda de la ancha sala Barthélemy retemblaron más de una vez con las aclamaciones del auditorio que saludaba el discurso del joven tribuno.

Miguel Berthier estaba, por lo tanto, designado á los electores parisienses, cuando Pedro Menard, el antiguo camarada de su padre, habiendo regresado á Francia después de la amnistía, se constituyó altivamente en patrono de una candidatura que tenía por significación más legítima la breve profesión de fe verbal del candidato:

—Jamás consideraré al Cuerpo Legislativo sino como el campo cerrado de la batalla decisiva, y si es menester, como antesala del destierro.

Los electores, que son á la vez muy dóciles y muy susceptibles, aman siempre las situaciones francas y las explicaciones claras, y por eso tal vez los de París no emplearon largo tiempo en averiguar el sentido exacto de la candidatura de Miguel Berthier: el resultado fué dar la razón á Menard, que había inventado la candidatura y reñido por ella empeñadas batallas con la pluma y la palabra.

Miguel Berthier, sin dejar de mirar á París, pasaba algunas veces febrilmente por su cabellera sus largos y delgados dedos, y se estremeció súbitamente y contempló con fijeza á Menard cuando éste le dijo:

—Ya que os he traído un recuerdo, ¿me permitís, hijo mío, daros un consejo?

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO

—¿Cuál?—contestó Berthier.

—Éste: nuestra vida pública, por lo mismo que pertenecemos al público y vivimos en cierto modo en casas de vidrio, debe ser recta, despejada, sin sombras, como un hermoso lago bañado por el fulgor del sol. Si queremos arribar á que nuestro partido sea, como debe serlo, el más honrado, porque es el más generoso y el que tiene mayor vitalidad, es necesario que sus directores puedan, si conviene, confesar su existencia entera, sin temor de que en ella se encuentre algo incierto ó dudoso.

—Tal es mi parecer — dijo Miguel intentando sonreír, porque aquellas palabras, en efecto, eran como un eco de sus propios pensamientos;— pero me habláis como si yo pudiese comprometer de algún modo el partido á que pertenezco.....

—No es eso; no me atribuyáis una idea que no tengo, querido Berthier. Vamos, ¿permitís que os hable con el corazón en la mano?

—Sí, ciertamente; os suplico que lo hagáis.

—Pues bien.....

Y Pedro Menard se interrumpió.

Era éste un hombre de recias espaldas y anchos hombros, robusto cuello, barba gris, frente y cráneo despoblados por la edad, ojos hundidos y como

fatigados, aunque todavía alegres, de franca mirada; no se traslucía en él nada de puritanismo fingido, nada de austeridad supuesta ocultando hipócritas ardores; su fisonomía de valiente y de honrado, un poco ruda, sin delicadezas ni disimulos, expresaba una autoridad tan vigorosa como su ancha y fuerte mano.

Menard no vacilaba, sin embargo, en exponer por completo su consejo: miraba al joven y retorcía su bigote con la punta de los dedos.

Miguel le obligó á continuar.

—Seguid; ¿por qué calláis?—le dijo.

—¡Tenéis una querida!—exclamó entonces Menard con brutal franqueza, dulcificada por un acento cariñoso.

Miguel, que era pálido, se transformó en lívido, y mordióse el labio inferior sin responder; mas casi al punto respondió con dureza y desagrado:

—Yo creía tener el derecho de vivir como quiera, y esperaba que nadie en el mundo, nadie, pudiera sospechar que amaba á una mujer, y quién era la mujer que amaba.

—«Esconde tu vida» dice el prudente; mas en París, ya lo sabéis, nada hay escondido largo tiempo.

—¿Y entonces?

—Entonces, sencillamente, es menester, como se dice en frase vulgar, regularizar su posición.

—¿Cómo?—exclamó Berthier.—¿Vos pensáis en ello?

—Cabal: he aguardado á que fuéreis elegido para aconsejároslo, y creed, Miguel, que vuestro padre, ya que de él hemos hablado, os daría igual consejo.

—¿Y quién os ha dicho que soy elegido?—dijo Berthier con acento colérico y mirando hacia la calle, en la cual no se veía á nadie que se acercara á la casa, nadie sino transeuntes indiferentes.

—¡Bah! dentro de pocos minutos conoceréis el resultado: ó soy un visionario, ó vuestro rival Brot-Lechesne ha sufrido una derrota en los comicios. De consiguiente, ¡pensad en esto! Ayer todavía erais libre, pero hoy pertenecéis á los que os han elegido, porque han depositado en vos lo más sagrado que el hombre tiene: el derecho de pensar y de hablar; mas recíprocamente os piden que seáis digno de lo que os dan; y tened entendido, querido mío, que el pueblo, á pesar de su educación viciosa, de la que no es culpable porque no está emancipado, lo que más admira es la virtud, ese ideal tan fácil á los ricos y tan difícil de encontrar para el pobre. Por eso cuando le decimos nos-

otros que la República es ó debe ser, no solamente la libertad, sino la honradez en la familia y en el Estado, nos escucha, nos aplaude y nos sigue. ¡No le demos pretexto, porque nos parecemos á los predicadores de comedia, siempre en disposición de replicar: «¡Haced lo que os digo, y no os inquietéis por lo que hago!»

Miguel, que en cualquiera otra ocasión se hubiese irritado al saber que, no obstante sus precauciones, la novela de su vida era tan conocida como su historia pública, respondió lentamente:

—Es la primera vez que se hace una alusión á la mujer de quien habláis..... ¿Cómo habéis sabido eso?

—¿Cómo se sabe todo lo que se refiere á las personas que sobresalen por encima del vulgo? La multitud es implacable en su curiosidad, y trata á sus favoritos como el niño á sus juguetes. ¡Es necesario que sepa lo que hay dentro de ellos!

—¿Y qué?

—¿Y qué? pues que Miguel Berthier, caballero particular, podía guardar hasta ayer la querida que tenía; pero Miguel Berthier, representante del pueblo, debe ser mañana tan invulnerable en su vida privada como en su vida pública. He ahí mi parecer.

—Pero ¿conocéis la mujer á quien he elegido?

—No.

—¡Es la virtud, la honradez personificadas!

—¿Cierto?

—Cierto. ¡Pobre niña! ¡Ya quisiera yo no tener en la vida otras decepciones sino las que me ha dado su amor! Entonces sería demasiado favorecido por la suerte.

—¡Ah! pues siendo así, el medio de conciliarlo todo es muy sencillo.

—¿Cuál es?

—Casaos con ella.

Miguel Berthier miró á Menard con asombro y dureza.

—¿Me decís eso seriamente, Menard?

—Muy seriamente. ¿Jamás habíais pensado en tal desenlace?

—Jamás.

—¿Por qué me decís entonces que esa mujer es la honradez, la virtud personificada?

—Lo digo y lo repito.

—¿Luego no la amáis?

—La amo, y profundamente.

—¡Pues no os comprendo!—añadió Menard.— Sólo hay una manera de amar á una mujer, y es: respetarla y obligar á todo el mundo á respetarla;

y vos no amáis así, porque consentís en que sea vuestra querida esa mujer, y os asombráis y casi os rebeláis cuando os digo que la hagáis vuestra esposa.

—Es, que puede haber en las diferencias de educación tales obstáculos, que un matrimonio entre dos personas que se aman.....

—Sea considerado por una de ellas como desigual—concluyó Menard.—¿No es eso lo que queríais decir? Mi querido amigo, no habrá desigualdad sino cuando la mujer sea moralmente indigna de vos. ¿Qué importan las diferencias que indicáis? Si esa niña, cuyo nombre ignoro, no ha amado á nadie sino á vos, ¿queréis rebajarla á la condición de mujer caída con el pretexto de que no podéis vos descender hasta ella?

Miguel no respondió: habíase apartado del balcón y paseaba por el gabinete de trabajo, prestando escasa atención á lo que Menard le decía.

Sólo pensaba en las elecciones, cuyo resultado no llegaba todavía: allá en su pensamiento veía el joven Berthier las salas llenas de humo de cigarro y de atronador ruido, en las que se efectuaba el escrutinio; seguía por las calles á los que llevaban las listas á las alcaldías; contemplaba las redacciones de los periódicos, sitiadas por mu-

chedumbre curiosa, y los kioscos rodeados de impacientes que se disputaban los carteles, y leía claramente en hojas volantes, húmedas todavía, que exhalaban el acre olor de la tinta de imprenta, el nombre de su rival Brot-Lechesne, seguido de esta palabra elocuente, siniestra para el derrotado: *Elegido*.

—¡Ea!—exclamó de repente Menard.—Ya veo que no me escucháis: convenidos; pero me escucharéis más tarde. Nuestra conferencia tendrá por lo menos el mérito de que nos ha hecho pasar los minutos más difíciles cuando se espera alguna cosa con vivo deseo, que son los últimos. Sin embargo, os repetiré francamente que si vuestra querida es digna de vos, debéis darle vuestro nombre; y si, por el contrario, es indigna, ya os he dicho lo que debéis hacer: eso está bien claro.

—¡Escuchad!—exclamó entonces Miguel, que había oído un clamor confuso á lo lejos, el cual llegaba hasta allí como sordo ruido.—¿Qué es eso?

Ambos salieron al balcón en dos pasos.

Más allá de la casa, bajo los árboles, movíase una masa negra que llenaba las aceras y se extendía por la Avenida, exhalando voces y gritos que ni Menard ni Berthier pudieron comprender.

Miguel pasó por la frente su mano, y gotas de sudor frío surgían de la raíz de sus cabellos.

—¡Ved, ved!—exclamó Pedro Menard, mostrándole la gran masa humana que se acercaba.—¡Esas son las golondrinas mensajeras de la victoria!

Miguel Berthier no contestó. ¿Si Menard se equivocaba? ¿Si aquella muchedumbre iba solamente á consolarle de su derrota?

¡Esta sospecha le ponía nervioso!

Y además, ¡cuánto tardaba en subir la escalera! ¡Como él vivía en piso tan alto! ¡Bah! suponiendo que hubiera sido elegido, ya procuraría mudarse á otro cuarto mejor y más bajo.

Pero ¿por qué no había de salir él mismo al encuentro de aquellos hombres? ¡Oh, insigne prueba de desfallecimiento! ¿Cómo recibir la noticia en la escalera, ante las puertas que se abrirían de la vecindad?

Estaba inmóvil, mudo, con un tropel de pensamientos en su espíritu que le abrasaban y le traspasaban las sienes como con un hierro candente.

De pronto resonó un campanillazo violentísimo, audaz, vigoroso, urgente, lleno de alegría y de promesas....

Pedro Menard corrió hacia la puerta.

—¡Venid!—le dijo.

—¡No!—contestó Berthier.—Justino va á abrir. Esperemos.

Hubiese deseado lanzarse hacia la puerta, y se imponía la paciencia de no dar un paso en busca de lo desconocido que llegaba, deseando, si era la derrota, conservar todavía un momento más su última ilusión, su última partícula de fortuna: su esperanza.

II.

—«¡Miguel Berthier! ¡Miguel Berthier! ¡Miguel Berthier!.....»

Este nombre era repetido de segundo en segundo en la sala del colegio municipal, transformada en sección electoral, con la regularidad de la péndola de un reloj.

Nunca, desde el establecimiento del Imperio, dos candidatos habían encarnado con más fidelidad el uno un sistema y el otro un principio: Brot-Lechesne, fabricante de calzado y notable comerciante, representaba la adhesión incondicional al Gobierno, la ceguedad llevada al servilismo; Miguel Berthier, el hijo del proscrito de Diciembre,

personificaba en su viril energía la reivindicación de la libertad.

Todo París se había apasionado por este último candidato desde que surgió del fondo de las asambleas populares: el entusiasmo, la fiebre, el delirio con todos sus arrebatos latían en el cerebro y en el pecho, como la sangre en las arterias, al escuchar las arengas de aquel hombre que había jurado no entrar en la Asamblea, si en ella lograba entrar, sino como espectro amenazador del pasado.

¡Hasta en las Tullerías se tenía miedo de su popularidad creciente!

París había votado, y se abrieron luego las cajas cuadradas de sellos rojos para verificar el escrutinio, y las papeletas de la votación, contadas previamente, se entregaron á secretarios benévolos que se repartían el trabajo de comprobar los sufragios, unos desdoblado los boletines y leyendo en voz alta los nombres inscritos, y otros consignando uno por uno en largas hojas de papel los sufragios obtenidos.

Era la noche, aquella noche de Mayo que había sucedido á un día de calor intenso, y quedaba ya el pavimento de la sala cubierto de papeletas arrojadas allí, manchadas, pisadas, como residuos